

Reseñas Contiguas

Simón Alcántara. *El Fantasma: su Mensaje Ideológico.* Trabajo presentado para Ascender a la Categoría de Profesor Asistente. Mimeografiado. Mérida: Universidad de Los Andes / Facultad de Humanidades y Educación / Escuela de Educación, 1979, 79 págs.*

Rodríguez Lorenzo, Miguel Angel**

Permítanme, y también perdonenme por ello, los lectores de esta revista digital anual que se han acercado hasta las líneas de la presente reseña de un trabajo elaborado hace tres décadas atrás y que permanece inédito, una anécdota personalizada de esos años, para introducir la reseña.

Ingresé como estudiante de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes en la tercera sede “provisional” de la Facultad de Humanidades y Educación: la merideña Avenida “Universidad”,

- * Culminada el 21-01-2009. Entregada al anuario GRHIAL el 23-02-2009. Aprobada por el árbitro para su publicación el 27-04-2009.
- ** Licenciado en Historia (U.L.A.-Mérida, Estado Mérida, Venezuela: 1983), Magister Scientiae en Filosofía (U.L.A.-Mérida: 1996) y doctorando en Historia (Universidad de Sevilla-España: desde 2002). Profesor con el escalafón de Asociado adscrito al Departamento de Historia Universal de la Escuela de Historia (Facultad de Humanidades y Educación) de la Universidad de Los Andes. Autor de *La Mudanza del Tiempo a la Palabra* (Mérida: U.L.A., 1996) y *Venezuela en Múltiples Miradas* (en prensa). Coautor de *Primeros Encuentros en la Serranía de Trujillo* (Mérida: U.L.A., 1992), *José Leonardo Chirino y la Insurrección de la Serranía de Coro de 1795* (Mérida: U.L.A. / U.C.V. / L.U.Z., Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, 1996) y *Los Escondrijos del Ser Latinoamericano* (Mérida: U.L.A., 1999) E-mail: marl@ula.ve.

aquella que contaba con tres hitos estatuarios: Cristóbal Mendoza a la entrada de Mérida por la Vuelta de Lola, Caracciolo Parra y Olmedo, a la altura de la Facultad y las residencias “Los Caciques” y Mariano Picón Salas, cerca de la entrada que permitía ir al “Parque La Isla” y donde hasta hace poco se encontraba un busto de Picasso. Al año adquirí el hábito de que, los lunes, tras salir del comedor universitario de “Los Chorros”, a pie, en lugar de regresar a la residencia del barrio “Belén” en el que ocupaba, los primeros años, una pieza de cartón-piedra por paredes o, más tarde, cerca de la Plaza “Las Heroínas”, retornaba a los solitarios galpones que alojaban sus aulas, cubículos, despachos, Biblioteca y Hemeroteca, junto con la Facultad de Economía. El “tiempo muerto” que iba del retorno a la Facultad de Humanidades y Educación hasta las tres de la tarde, dado que ni mi familia canaria, ni las vecindades larenses de Guarico, Duaca, Cuara, Quíbor y El Tocuyo que había tenido, la *siesta* era costumbre, lo ocupaba en el vacío salón de lectura de la Biblioteca “Gonzalo Rincón Gutiérrez” o, las más de las veces, en el para esas horas poco poblado cafetín “La Colmena”, en la vecina calle de “atrás”, regentado por el Señor Juan, tomando café o escuchando conversar a los campesinos y gente humilde que componían la población de la inmediata “Hoyada de Milla”.

Cerca de la hora dicha me desplazaba hasta el Salón de reuniones de los consejos de Facultad y sus tres escuelas, para estar presente, entre los primeros, como silencioso *consejero estudiantil nunca/ni/jamás–electo*.

Entre muchas de las cosas de que fui mudo testigo (debates, decisiones de votación cerrada, manipulaciones, humor inteligente, oratoria brillante, argumentaciones habilísimas, erudición, despliegue artístico de la palabra, sutiles recurrencias a la ironía, *tomas*, gritos, reclamos, exigencias, decisiones, temores...) una a las que más atención le presté, fue la de la remisión de los *trabajos de ascenso* (“...de aumento...” escuchamos ironizar a Don Mario Bosetti en una ocasión, al referirse a aquel “...requisito reglamentario para ascender...” no sólo

académicamente; sino también en el salario que recibían sus autores, luego de recibir la aprobación de los mismos) por parte de los profesores e investigadores de la Facultad, solicitando la designación de jurados para evaluarlos. Esas ocasiones las aprovechaba para solicitarles a los autores copias de algunos de los mismos, en unos años en que el multígrafo más que la fotocopia era el principal recurso de reproducción de la palabra escrita académica. Gracias a la benevolencia de muchos de ellos en esas ocasiones, tuve ocasión de leer importantes e interesantes investigaciones, algunas de las cuales posteriormente se editarían, serían publicadas fragmentadamente como artículos o se mantendrían para siempre inéditas. Jacqueline Clarac de Briceño, Otto Maduro, Eveline Merlach y Julio César Tallaferro estuvieron entre los profesores que aceptaron poner en mis inmaduras manos y ojos sus trabajos.

En una de aquellas sesiones del Consejo de la Facultad el Profesor Simón Alcántara, de la Escuela de Educación, presentó como requisito de mérito para ascender a la categoría de *Asistente* el trabajo que aquí se reseña. No recordamos si obtuvo el veredicto aprobatorio del Jurado, aunque lo suponemos por el hecho de que un ejemplar del mismo sigue formando parte del patrimonio de la Biblioteca *Gonzalo Rincón Gutiérrez* de la Facultad de Humanidades y Educación de la U.L.A. No recordamos tampoco con precisión si le solicitamos una copia de su trabajo y si accedió o no a tal petición; pero lo cierto es que nos quedamos con las ganas de leerlo. Tuvieron que transcurrir bastantes años hasta que, hace no mucho, en una revisión del *Catálogo en Línea* (que suplió los antiguos *ficheros*, aunque éstos todavía pueden verse y hasta consultarse en los pasillos externos del Edificio “C” del núcleo de Humanidades y Educación de *La Liria*) de la nombrada Biblioteca, nos topamos con la existencia de aquel Trabajo de Ascenso y, teniendo posibilidad de solicitarlo en préstamo, lo hicimos y fotocopiámos.

Lamentamos no haberlo leído en 1979, no sólo porque habríamos hecho una lectura distinta a la de ahora y pensaba a insertarla en los

discursos académicos anti-imperialistas, pro-descolonización y anti-neocolonialistas; sino —sobre todo— porque la habríamos disfrutado. La hubiésemos disfrutado porque, por un lado, en esos años, como consecuentes lectores de *El Nacional*, sobre todo de su edición dominical, no eludíamos —como *leedores*, de infantil y adolescente data, de *suplementos*— la sección de *caricaturas*, al final de las cuales estaban (y siguen allí ya terminando la primera década del siglo XXI) las *aventuras* de *El Fantasma*; y también, por otro lado, porque entre nuestras lecturas estaban autores como Umberto Eco, en su calidad de semiólogo, con sus *Apocalípticos e Integrados*; Herbert Marcuse y su *Hombre Unidimensional*, Ariel Dorfmann y Armand Mattelart con su *Para Leer al Pato Donald*, por supuesto, e incluso Ludovico Silva y su *Teoría y Práctica de la Ideología*...

Es decir, los autores y las *interpretaciones* anti-neocolonialistas *del mundo* que el *ambiente intelectual y académico* en el que habitábamos en Mérida y que aquella Facultad de Humanidades propiciaba (hacemos memoria y podemos evocar que esos nombres y títulos, efectivamente, figuraban en los anaqueles de la pequeña *Librería El Tábano*, primero manejada por Bottini Marín y luego por Aminta, cuya estructura —toda de madera— estaba ubicada a la entrada de las vecinas facultades de Humanidades y Economía —ésta fue mudada para el núcleo de *La Hechicera* y quedaron todos los espacios de los *galpones* para uso único y exclusivo de Historia, Letras y Educación— hasta la mudanza final de Humanidades para la *Avenida Las Américas*) y que fue la perspectiva desde la que, en buena medida, Alcántara elaboró su análisis.

Entonces nos hubiésemos conformado con aquel estudio maniqueísta que, paradójicamente, denunciaba el maniqueísmo encerrado en la nada inocente historieta dirigida a niños y adolescentes, puesto que era “una vía alegre e inocente...” para lograr la “...manipulación de conciencias frágiles y muy permeables...” (pág. 3). Hoy exigiríamos mucho más.

Antes de señalar algunos de esos “...más...”, es oportuno indicar las virtudes que, todavía hoy, apreciamos en el trabajo. Una de ellas es la de ser *testimonio* de la *forma de trabajo académico* al uso, a finales de aquellos años setenta de la centuria pasada y que puede lucir *extraña* en estos tiempos de predominio de la computación y de todas sus herramientas digitales y de apoyo electrónico en Internet:

...Si alguien tiene mérito, es aquel que pacientemente desteje la urdimbre de notas, correcciones, borrones, llamadas a pie de página, tiras de papel encima del original, en fin, los vericuetos verbales que en tantas noches de insomnio dieron por fin forma a toda esa madeja...

Ella debía tener, además, el apoyo insustituible de alguien que *pasara a máquina* el manuscrito final y que, en este caso, el autor encierra en la actividad profesional de *Adela Vergara*: “...artesana del machucar constantemente este alfabeto negro de blancas pupilas...”

Otra de sus virtudes es la síntesis que hace del *lenguaje* de los *comics* y que quedó sintetizado en la página 8. El mismo es el compuesto por el *código gestual*, institucionalizado por las industrias editoras, que permite comunicar de inmediato mensajes (que siguen siendo, en la práctica, los mismos a los que se sigue recurriendo hoy en día, tanto en las *caricaturas* sin movimiento, como en las *animadas* del cine, la televisión e Internet: *cabello erizado: terror, cólera... mirada ladeada: maquinación... cejas fruncidas: enfado...*)

Aún otra más: el resumido catálogo de cuestionamientos que, para aquel entonces, hacían los especialistas dedicados a *desestructurar-decodificar* (hoy, tal vez, se diría: *deconstruir*) semiológicamente los códigos ocultos de manipulación ideológica contenidos en el mundo de las historietas, las *caricaturas* y especialmente de *El Fantasma*:

1. Fragmentación del mundo.
2. Maniqueísmo.
3. Los valores individuales sobre los colectivos.

4. Relaciones verticales de dominio.
5. Escamoteo de la vida cotidiana.
6. La existencia de la propiedad como algo natural y no histórico.
7. Predominio de lo irracional sobre lo racional, de las *corazonadas* antes que de la reflexión.
8. Ciencia sin finalidad social.
9. Perfil delincucional del proletariado.
10. "...el contacto entre los cuerpos es siempre presentado como pecaminoso y sucio, como pornográfico" (pág. 65).
11. "Los problemas del África son minimizados y reducidos a simples aventuras de bandas de ladrones ... ¿Dónde queda reflejada la lucha de estos pueblos por sacudirse el yugo colonial blanco?" (pág. 63) / "Los negros son presentados como drogómanos, estúpidos y retrasados mentales" (pag. 66).

Afirmamos, líneas atrás, que esos rasgos nos hubieran bastado como lectores de aquellos semiólogos y como lectores de las propias *comiquitas* de *El Fantasma*, porque ese análisis maniqueo fácilmente conducía a cuestionar las de éste precisamente por maniqueísta: fragmentaba el mundo entre *buenos* y malos, el *personaje* era individualista, en tanto *blanco* sometía a su autoridad a los *negros* de los pueblos africanos entre los que actuaba (al respecto baste mencionar la tribu pigmea de los *bandar*), cuyos representantes, además —en comparación con él (de origen europeo y casado —aún cuando nunca era mostrado bañándose y en 21 generaciones no se cambiaba el uniforme— con una estadounidense también de rasgos europeos, empleada de la O.N.U.)— eran mostrados como *evidentemente inferiores* y fácilmente propensos al crimen...

Pero tres décadas después la *valoración intelectual* de los *comics* tal vez no ha cambiado del todo; pero sí se ha heterogeneizado y ellos

han sido incorporados a categorías estéticas, por lo que ya no bastan aquellas categorías para despachar su estudio.

Así, por ejemplo, una esquemática reducción de las *historietas* al *modelo colonialista* sería simplista, más si se las categoriza como socio-económicamente *acríticas*. Quienes hayan *seguido* las de *Donald* (un burócrata mediocre en lucha permanente entre el sueño y llegar a tiempo a su trabajo, dueño de un vehículo minúsculo que difícilmente logra estacionar en una ciudad desbordada de edificios, fábricas humeantes y vehículos, forzado a llevarse a su casa el trabajo de la oficina y sometido a la vigilancia férrea de *Rico Mac Pato* —su *Jefe* y tío— a cargo de tres sobrinos y víctima de un eterno noviazgo con *Daisy*, femeninamente muy dominante en esa relación), difícilmente podría encontrar un cuestionamiento más explícito al *modo de vida* de una *sociedad capitalista-tipo...* Los *Simpson*, banalizadores de los *valores del capitalismo estadounidense*, no podrían ser enmarcados rápidamente dentro de aquellos análisis de los años setenta y ochenta del siglo XX. Tampoco, en estos tiempos de conquistas femeninas en los campos laboral, social, político y cultural y de conciencia ecológica, *Lorenzo* y *Pepita*, cuando él viaja al trabajo con sus vecinos en un mismo carro, por ejemplo, para economizar combustible y reducir la producción del carbono responsable del calentamiento global, o ella, *ama de casa* que; sin embargo, ha creado una empresa doméstica para atender y surtir *banquetes*, bodas y cumpleaños y ayudar en sus estudios universitarios a los hijos.

Por otra parte, las derivaciones que han tenido, desde la segunda postguerra mundial hasta la actualidad, los procesos de descolonización en África y Asia también invitan a revisar aquellas interpretaciones *dominador-dominado* o *Europa/Estados Unidos-Tercer Mundo* que se hacían en relación con los *comics* acusados, legítimamente desde luego, de estar contaminados de *ideología neocolonialista*. *Idi Amín* no tendría nada que envidiarle, por ejemplo, como tirano cruel a Franco, por ejemplo; Mugabe, quien supo hacer suyos todos los elementos de la

crítica anticolonialista y ser uno de los dirigentes de la independencia de su país; también se ha valido de ellos para *justificar* su todavía larga permanencia en el poder, de acuerdo con lo que han denunciado sus mismos connacionales, y oprimir a su propio pueblo y Gadafi, asimismo, ha sido señalado por valerse del discurso *anti-neocolonialista* para perpetuarse en el gobierno de Libia.

De cualquier manera haber hecho la lectura de *El Fantasma: su Mensaje Ideológico* a tanta distancia temporal no ha dejado de ser productiva, tanto por el valor arqueológico (en el sentido que le asigna al término Michel Foucault) que, en relación con los *patrones de comprensión* predominantes en la institución universitaria merideña de los años '70 y '80, ha tenido la misma; como por la invitación a observar detalles de su mensaje, que, como se señaló más atrás, sigue siendo *presente*, puesto que todavía *El Nacional* lo incluye, tanto en sus entregas diarias como dominicales.

En tal sentido no deja de llamar la atención el constante cuestionamiento que se hace a la ciudad y a la vida urbana en general, mostradas como fuentes de corrupción, delito y perdición, en beneficio de la vida campesina y selvática, donde la vida sería todo lo contrario, razón que justificaría su perenne cuidado por preservarla de la contaminación de los individuos que, desde ellas, pretenden alterarlas. En esto *El Fantasma*, o sus creadores o la industria que lo sigue produciendo, parecen coincidir con una buena parte del sostén teórico como el que Pol Pot en Camboya o Abimael Guzmán en Perú, sostenían sus particulares proyectos políticos.

Tampoco deja de sorprender que *Bangalla* siga teniendo a *Luaga* (quien se casó con una maestra) como presidente, pues no nos enteramos cuándo se aprobó allí la *reelección indefinida*.

